

RESEÑAS		CUENTO
<p>El cuento como género de lo negro</p> <p>Cuentos ROBERTO RUBIANO VARGAS Universidad Eafit, Medellín, 2016, 220 pp.</p> <p>TENGO LA leve sospecha de que el género negro en Colombia, desde una forma más categórica y consciente, toma un nuevo rumbo con el libro <i>El informe de Galves y otros thrillers</i>, de Roberto Rubiano, publicado por Tercer Mundo Editores en 1993. Desde luego, el género policíaco en la literatura nacional existe desde hace rato; basta con echar una mirada al relato “Una ronda de don Ventura Ahumada” (1858), de Eugenio Díaz Castro, para encontrar la prehistoria de la “novela del crimen” o “novela enigma” en el país. Sin embargo, la definición del género negro adquiere otra coloración en la obra de Roberto Rubiano Vargas, apelando a los teóricos de la novela negra y lo que algunos señalan como su particularidad principal: esa novela que está intrínsecamente anclada a los matices de una sociedad específica, esa que refleja la crisis política y social de su tiempo, es decir, el género que va mucho más allá de contar cómo se descubre y se atrapa al ladrón o el asesino.</p> <p>Desde otro punto de vista y evocando a Ricardo Piglia, un buen relato siempre tiene dos historias. Precisamente, esto es lo que nos encontramos en cada uno de los relatos de Roberto Rubiano Vargas. <i>Cuentos</i> es una antología que reúne 22 textos pertenecientes a varios de sus libros y dos subgéneros que caracterizan su quehacer creativo. En el libro se intercalan dos formas del relato, una moneda que baraja sin azar su caída: en un primer momento está el cuento corto cercano a la minificción —una gran muestra de la brevedad y la precisión— y, luego, lo ya señalado, la ficción que está cerca del thriller o lo policíaco.</p> <p>Hay dos maneras de contar en este libro. Roberto Rubiano es de esos cuentistas que conocen a fondo su arte y explora las diferentes formas y estructuras con la maestría de los grandes. Volviendo a Piglia, en los relatos breves nos señala con una pequeña pincelada que el lector es</p>	<p>quien debe maquinar la segunda historia; es una escena corta que está dentro de otra historia mucho más grande. En <i>Cuentos</i> hay dos hombres que desentierran una caleta de armas oxidadas por el paso del tiempo, lo que vaticina la derrota en una guerra que aún no comienza; el hambre que asedia a dos soldados evadidos de la batalla de Palonegro en la guerra de los Mil Días; disparos en una marcha estudiantil; o cuadros más cotidianos como el hombre que debe llevar a una amiga a una obra de teatro de corte comunista, para poder acostarse con ella. Son crónicas minimalistas a las que no les sobra ni les falta nada, el nudo en toda su propiedad. Existe un equilibrio entre la palabra escrita y lo que no está, un manejo correcto de la elipsis.</p> <p>El otro lado es en apariencia más complejo; sus personajes se definen en acciones intrincadas, a veces subversivas o secretas, y desde diferentes roles que siempre terminan por enfrentarse. El estudiante que se encuentra con Juan Ramón Galves, un raro personaje que encierra un misterioso capítulo de la historia colombiana; el mensajero que tiene que cuidar, casi en contra de su voluntad, a míster Rochester, un “gringo” que se adentra en los barrios peligrosos de Bogotá y que trabaja en una investigación sobre el conflicto colombiano y la conducta violenta del ser humano; una crónica de dos hermanos adolescentes que viven de frente el drama de la violencia en los Llanos Orientales. Es decir, todo ello, todo el libro, bajo una constante: estos relatos están enmarcados en varios de los sucesos y capítulos más cruentos de la historia política y social de Colombia, las guerras civiles del siglo XIX, lo acontecido alrededor de la United Fruit Company, o el 9 de abril de 1948.</p> <p>Esto es lo más interesante y significativo, son capítulos aún no contados de la desalmada historia de Colombia. Una caja imaginada dentro de otra caja, como un juego de matrioskas, donde se crea un universo ficcional que se bifurca entre el crimen y lo cotidiano, lo rural y lo urbano, el espionaje y el misterio, lo subrepticio y lo fantástico.</p> <p>En el libro nos topamos de manera transversal con el ya citado y clásico personaje Juan Ramón Galves, el</p>	<p>detective-periodista que escribe <i>El archivo maldito</i>, una novela publicada en 1953 y que tiene la fortuna de dar otra versión sobre lo acontecido el 9 de abril de 1948, señalando un segundo asesino de Jorge Eliécer Gaitán. El libro es rápidamente retirado de las librerías y con esto se inicia una serie de actos de conspiración y persecución que termina con la oscura desaparición del detective. El personaje que narra la historia afirma, en un artículo sobre <i>El archivo maldito</i>: “(...) si nos atenemos a la historia de nuestra literatura, tiene la virtud de ser la primera novela policíaca —en la mejor tradición del género negro— escrita en Colombia”; afirmación que estaría cerca de un concepto sobre los cuentos de Roberto Rubiano Vargas. Igual que en las <i>Las nuevas mil y una noches</i> de Robert Louis Stevenson, existe una tela universal que envuelve todas las ficciones.</p> <p>El juego metaficcional que permea la obra del autor de <i>Cincuenta agujeros negros</i> es un mundo que se puede explorar desde varios horizontes, como hemos señalado. Sus historias se entrelazan en una urdimbre que se repliega y se expande y que, cada vez, nos muestra algo oculto de la realidad imaginada y no imaginada. Narraciones que reflejan nuestro devenir como país y como personas con un pasado en común, un pasado que no deja de repetirse y definirnos. Es la violencia, el cuento como género de lo negro; un fuego que, a veces, nos rodea sin tocarnos directamente. Las narraciones de Roberto Rubiano Vargas nos recuerdan que siempre estamos cerrando los ojos para no ver nuestra realidad inmediata.</p> <p style="text-align: right;">Henry Alexander Gómez</p>